

LA UNIDAD POPULAR CHILENA Y EL CONTEXTO TEORICO E HISTORICO LATINOAMERICANO*

Theotonio DOS SANTOS**

Durante la década del 50 y principio de los años 60 las luchas revolucionarias en América Latina estaban orientadas por un marco de análisis común, según el cual vivíamos en una sociedad de carácter semifeudal y semicolonial o colonial, con la presencia de una oligarquía agraria que servía a los intereses del capital internacional. En consecuencia, la revolución latinoamericana pasaba fundamentalmente por la destrucción del latifundio, la ocupación de las riquezas nacionales de nuestros países y el establecimiento de las bases para la democracia, el desarrollo económico y una mejor redistribución del ingreso. A partir de estas nuevas condiciones generadas por dicho proceso revolucionario se plantearían las etapas siguientes de la lucha del pueblo latinoamericano.

Este programa revolucionario estaba enmarcado dentro de los márgenes de una revolución democrática-nacional y los gobiernos llamados a ejecutarlos se definían como nacionalistas y democráticos. En consecuencia, las clases que lo apoyaban y que de una u otra manera deberían participar en él, serían, de un lado, la clase obrera cuyos intereses eran profundamente antilatifundistas y antimperialistas y también democráticos; de otro, el campesinado directamente afectado por el latifundio y eventualmente por el imperialismo, como

* Este artículo corresponde a un capítulo del libro en preparación sobre *Transición al socialismo y programa de la UP* y recoge las ideas expuestas en una reunión realizada en el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, el 19 de marzo de 1973.

** Director del Centro de Estudios Socioeconómicos, Facultad de Economía Política, Universidad de Chile. El ceso fue clausurado por la junta militar y al cierre de esta edición se negaba a Dos Santos, asilado en la embajada de Panamá, el salvoconducto. [N. del Ed.]

en el caso de los países donde la economía agraria estaba controlada por el capital extranjero, como por ejemplo Guatemala; en fin, las burguesías nacionales que se suponía estaban interesadas en la lucha contra el imperialismo.

El modelo "desarrollista"

Este esquema básico se fundamentaba en los análisis de la economía latinoamericana realizados por los teóricos, tanto de orientación nacionalista como marxista. Los primeros desarrollaron un análisis bastante sistemático de lo que han llamado el desarrollo "hacia afuera" de nuestras economías. En dicho análisis muestran que ellas se formaron fundamentalmente como economías exportadoras de bienes primarios (materias primas, productos agrícolas), lo que dio origen a una oligarquía rural y comerciante que era la propietaria de este sector exportador (eventualmente, las propias empresas extranjeras asumieron el control de la producción y el comercio exterior). Dichas oligarquías contaban con el apoyo de un importante sector de las clases medias el cual les aseguraba su dominio político obteniendo en cambio la posibilidad de consumir bienes importados, a precios baratos según cánones internacionales, lo que le permitía un nivel de consumo bastante elevado.

De esta manera, nuestras clases medias podían alternar el acceso a los bienes de consumo disponibles en el mercado mundial, producidos por la técnica más moderna, con el "confort" de explotar los servicios de los trabajadores latinoamericanos a precios bastante baratos. Apoyados en esta situación, la oligarquía nacional y los sectores de las clases medias a ellas ligados, adoptaron firmemente un sistema de pensamiento liberal en lo económico, basado en la tesis de la ventaja que suponía el que nuestras economías actuasen en el interior de la economía internacional bajo los principios del liberalismo, los cuales suponían su especialización en la producción y exportación de bienes primarios y la importación de bienes industrializados.

Este esquema económico se veía complementado con un profundo elitismo y aristocracismo, tanto en lo cultural como en lo político. No sólo se restringe la participación política y cultural a una reducida élite al día con el mundo cultural europeo, sino que se crea un esquema de poder y de pensamiento que garantiza la permanencia y el perfeccionamiento de la vieja infraestructura colonial-exportadora.

Fue en contra de este esquema de poder ideológico y político que se lanzaron sectores de pequeños comerciantes, de artesanos, de las nacientes burguesías industriales, del proletariado urbano desarrollado

con ellas, del campesinado (que empezaba a exigir una mejoría en las condiciones de vida en el campo), y por último, un nuevo sector de las clases medias ligado a la industria, más moderno, de formación técnica, interesado en el desarrollo económico y en la industrialización de nuestros países.

Todas estas clases o fracciones de clase formaban entonces una coalición bastante amorfa cuyo sector dominante sería la burguesía industrial que luchaba en nuestros países por el desarrollo económico, por la industrialización de la economía, por el proteccionismo cambiario que permitiera esta industrialización (oponiéndose por lo tanto al liberalismo económico), por la democratización de la enseñanza y la implantación de una cultura más técnica, ligada a los problemas de la producción y al desarrollo de las ciencias. En fin, sus teóricos planteaban que este desarrollo capitalista industrial permitiría una mejor distribución del ingreso, favorecería el desarrollo del mercado interno y por lo tanto interesaría al desarrollo industrial. De esta manera se produciría también una democratización a nivel económico.

En este esquema teórico cabía a la burguesía industrial un papel hegemónico y se suponía que ella lo ejercía. Desde el punto de vista de la forma política, estas ideas se expresaban en un pensamiento y un método de acción populista con un programa nacionalista democrático. Muchos movimientos latinoamericanos nacieron y se desarrollaron dentro de esta perspectiva. Posiblemente el más coherente de ellos fue el APRA, peruano, también la Acción Democrática, venezolana, posteriormente el MNR boliviano, y también otros movimientos similares con figuras bastante significativas como Juan Bosch, Velasco Ibarra y otros. Pero indudablemente estas ideas ganaron una mayor consistencia, viabilidad y coherencia económica cuando se proyectaron a los países de mayor desarrollo industrial, como son los casos de Brasil, Argentina y México.

En México, Cárdenas, ya en la década del 30, expresó muy directamente las formas más de vanguardia de este pensamiento nacionalista. Posteriormente, Vargas en Brasil adoptó la misma postura, sobre todo después de su golpe de estado del 37 y, por fin, Juan Domingo Perón, en Argentina, asumió bastante sistemáticamente esta postura política, logrando una influencia aún más sólida que la de Cárdenas y Vargas en el movimiento obrero, quizás porque el surgimiento del peronismo se dio en un periodo posterior y porque necesitó más fuertemente del apoyo obrero para poder levantar un programa de industrialización nacional y además, debido a la importancia política que tenía el proletariado en Argentina.

Para consolidar el desarrollo de estos gobiernos populistas y darle

una elaboración teórica más consistente, se formó la Comisión Económica para América Latina, de las Naciones Unidas (CEPAL), que con el liderazgo intelectual de Raúl Prebisch dio una sistematización bastante sólida a este pensamiento. De esta manera, en la década del 50 el nacionalismo había logrado llegar a un nivel de consistencia teórica bastante grande, pero, como lo veremos posteriormente, exactamente en este momento estaban llegando a su fin las posibilidades reales del nacionalismo en América Latina.

Al mismo tiempo que en América Latina se desarrollaba este pensamiento, también en Asia y en África los movimientos de liberación nacional asumieron un dinamismo muy grande, logrando conquistar varias posiciones e incluso triunfar en algunos países bastante significativos. La India, el más importante de ellos, logra su independencia en la posguerra y pasa a ser un nuevo centro de irradiación del pensamiento nacionalista y anticolonialista, inspirado por Nehru, al lado de Sukarno en Indonensia y otros líderes asiáticos. También en África varios movimientos importantes de carácter nacionalista y líderes bastante significativos pasan a formar un cuadro general de pensamiento en esta dirección. En Europa y los EUA los intelectuales existencialistas, los economistas, los científicos, políticos, etcétera, se sensibilizan por estas ideas; avanza significativamente la teoría del desarrollo económico, surge el concepto de subdesarrollo que busca plantear el carácter estructural de la situación de los países más atrasados y demostrar que en ellos no hay solamente un retraso en relación a los países desarrollados, sino que existe una estructura económica y social precapitalista que tiene que ser transformada para permitir que estos países entren en una etapa de desarrollo económico significativo.

Así, la teoría económica burguesa, la teoría política, la sociología, etcétera, van entregando elementos al pensamiento social de nuestro tiempo y logran una influencia bastante importante en lo que se ha hecho en las últimas décadas en cuanto a ciencia social y a lucha política. No hay duda que este pensamiento recogió muchos elementos aislados del marxismo, por la sencilla razón de que el pensamiento económico burgués, en general, no dispone de categorías teóricas que le permita analizar fenómenos de cambio de estructura. De hecho había que volver, o a la Economía Política clásica, que se había preocupado por ese tipo de fenómenos, o al marxismo, que había integrado estos fenómenos en una metodología dialéctica materialista, o a ciertos sectores de pensamiento burgués que habían ocasionalmente planteado problemas similares, como por ejemplo los estudios teóricos de List en Alemania, así como eventualmente a algunos teóricos

asiáticos y africanos, o a sectores de la socialdemocracia europea o del populismo norteamericano que se habían identificado bastante con las luchas en contra de sus enemigos monopólicos internos.

Desde la década del 50 en adelante, no serán solamente los sectores populistas, socialdemócratas y antimonopólicos los que se identificarán con los intereses de la industrialización de los países subdesarrollados y se interesarán por una teoría del desarrollo económico y del subdesarrollo. Como lo veremos, la propia burguesía monopolista norteamericana, ligada a la inversión en el exterior, pasará a estimular e interesarse por apoyar una política de industrialización en los países dependientes en la medida en que se hiciera a través de la penetración del capital extranjero.

Verdad que fueron sectores pequeños y minoritarios de la burguesía norteamericana que en el comienzo entendieron todas las posibilidades de este proceso de industrialización de los países dependientes, pero fueron los suficientes como para estimular misiones comerciales a la América Latina y apoyar la política de descolonización en África y Asia en contra del dominio colonial europeo.

En todo caso, sobre todo en el periodo de posguerra el pensamiento antimperialista y anticolonialista va siendo progresivamente amenguado e integrado en un nuevo intento sistemático de conciliación entre los intereses de la industrialización de los países dependientes y los del capital internacional.

Cambios en la correlación internacional de fuerzas

¿Qué pasaba en el otro lado, en la otra corriente de pensamiento que partía, sin embargo, de supuestos similares respecto de nuestra sociedad, es decir, la corriente marxista? Era ya tradición bastante antigua del marxismo considerar como esencialmente democrática la revolución en los países dependientes. Esto es así desde las discusiones que se suscitaron en Rusia antes de la revolución; posteriormente en las discusiones que se hicieron sobre China y otros países coloniales; en las elaboraciones de Mariátegui en Perú y muchos otros teóricos e intelectuales de formación marxista; en la III Internacional, en todas esas oportunidades hubo varios intentos de interpretación de las condiciones de los países coloniales o semicoloniales. No es éste lugar para hacer un recuento de dicha elaboración, pero es necesario señalar que desde 1917 se considera la existencia de un vínculo orgánico entre el proceso de liberación nacional en las colonias y el socialismo.

A fines de la década del 40, con la victoria de la Revolución

China, era el pensamiento de Mao Tse-tung el que representaba de manera más elaborada la visión marxista del problema de los países coloniales y semicoloniales. En su análisis de la realidad china, Mao caracterizaba a ese país como semicolonial, semifeudal y feudal. En base a ese análisis de la sociedad china, combinado con el análisis de la revolución en el plano mundial, Mao dedujo el carácter de la revolución china. Según él, esta revolución tenía el carácter de liberación nacional (en su aspecto inmediato de lucha contra los intereses internacionales imperialistas) a la vez que democrática, al volcarse en contra de la dominación feudal. Pero, como también lo demostraba Mao, estos cambios en la época actual no tenían un sentido estricto de liberación nacional, puesto que nuestra época era, a nivel mundial, la de la revolución socialista, a partir de la Revolución Rusa de 1917. De tal forma que el proceso revolucionario chino y de los países semicoloniales debería inscribirse en el contexto de la revolución socialista mundial. Y por lo tanto, las tareas de liberación nacional y democráticas que se cumplían en China debían inscribirse en el contexto de una revolución socialista.

Dado el carácter socialista de este proceso cabría a la clase obrera en su conjunto dirigir incluso las tareas de liberación nacional y democráticas, formando para tal efecto un amplio frente en el cual se integraba bajo la hegemonía de la clase obrera, y consecuentemente de su partido, al campesinado, principal interesado en la lucha contra la sociedad feudal y el imperialismo, a los intelectuales y sectores democráticos de la pequeña burguesía, y a las burguesías nacionales (sector más vacilante de este frente, que ora apoyaba el movimiento revolucionario, ora tendía a comprometerse con el imperialismo).

Tales transformaciones se realizarían dentro de una república democrática de nuevo tipo, que tendría un carácter distinto al de la democracia burguesa fundamentalmente por su base social, su organización desde abajo hacia arriba y sus objetivos finales los cuales serían socialistas. Las tesis de Mao se habían planteado en su trabajo *La nueva democracia*, escrito en 1939, pero su influencia sólo viene a ejercerse de manera significativa con el triunfo de la revolución china en 1949, lo que llevó a los partidos comunistas del llamado "Tercer Mundo" a postular esas mismas tesis para sus respectivos países, en una asimilación muchas veces bastante mecánica. A partir de 1954, después de la muerte de Stalin y después de la caída de Molotov, que representaba al sucesor de Stalin más directamente ligado a la política del "zdanovismo" —que predominó entre 1946 y 1952, dentro del movimiento comunista mundial— empezó a afirmarse una nueva

corriente que vino a imponerse definitivamente en 1958, después de una breve transición entre 1954 y 1958 en que se produjo una amplia discusión dentro del movimiento comunista mundial, en la cual la influencia yugoslava ejerció un papel bastante importante sobre todo después de la reconciliación entre la URSS y Yugoslavia.

Durante este periodo de discusión, en Chile se desarrolló con una fuerza política bastante significativa un intento de Frente de Trabajadores entre los Partidos Comunista y Socialista, bajo una inspiración más bien socialista, que recogía las tesis del frente único de 1920 y que seguía una línea teórica en esa dirección. Después de 1958, en que triunfó definitivamente a nivel internacional la concepción jruchevista de la coexistencia pacífica, se impuso la interpretación de la lucha en los países coloniales y dependientes como de contenido nacionalista y democrático, conformando por tanto un amplio frente en el que participaba la clase obrera, el campesinado, la pequeña burguesía, las clases medias asalariadas y las burguesías nacionales. En algunos casos se planteaba la posibilidad de que incluso algunos sectores latifundistas pudiesen integrar ese frente en la medida en que ellos tuviesen intereses antimperialistas.

Según esa concepción, la contradicción principal de la sociedad latinoamericana se daba entre las naciones que la componían y el imperialismo y por lo tanto era éste el enemigo principal del movimiento popular.

En segundo término, se encontraban sus aliados internos: la oligarquía, sus socios locales y sus agentes. Éstos estaban representados por el latifundio (a pesar de que, como vimos, en algunos casos particulares se admitía la posibilidad de que sectores latifundistas tomaran una posición antimperialista), los comerciantes dedicados al comercio exterior (en general aliados al imperialismo), sectores de la pequeña burguesía y de la clase media vendidos al imperialismo, partes del aparato de represión, etcétera.

En contra de estos enemigos se planteaba el amplio frente nacional y democrático. La clase obrera lucharía por su hegemonía dentro de este frente. Por lo tanto, la hegemonía obrera no era una condición para formarlo sino que era un elemento a disputar y luchar por ella en su interior. De acuerdo con esta concepción, se apoyó al gobierno de Frondizi en Argentina, se participó en los gobiernos de Kubitschek y Goulart en Brasil y de Sukarno en Indonesia, se apoyaron a los candidatos del Partido Demócrata en los EUA, se planteó una política europea bastante pasiva, sin un programa de gobierno definido, sino más bien apoyando o atacando ciertas medidas concretas de los gobiernos burgueses.

Muchos ejemplos más podrían ilustrar esta política internacional jruchevista que se prolongó hasta 1968 cuando, bajo el impacto del problema checo, del mayo francés y otros movimientos de masa similares, de los efectos de la más importante crisis del capitalismo norteamericano y europeo en la posguerra, se empezó a notar un importante cambio en las líneas políticas de los partidos comunistas en el sentido de definir una posición más ofensiva en el plano internacional.

Como reacción a la política jruchevista y como consecuencia de ciertos aspectos de la política asiática del PC-URSS y del modelo de relaciones entre los partidos comunistas, surgió la oposición del PC de China, primero dentro del movimiento internacional comunista —entre 1958 y 1961—, luego provocando divisiones y formando facciones en varios partidos comunistas y, finalmente, siendo excluido de las reuniones internacionales (a pesar del fracaso de Jruschov en lograr una declaración explícita de exclusión del PC chino de la comunidad internacional de partidos comunistas).

La polémica chino-soviética, con su intercambio de cartas, declaraciones e insultos, fue un factor fundamental en la coyuntura internacional de 1958 a 1968. Durante este periodo el imperialismo se había visto profundamente sacudido, principalmente entre los años 1958 y 1961. La economía norteamericana había vivido una rápida pero profunda depresión en 1958, seguida de una pequeña recuperación en 1959 y un semiestancamiento en 1960 y comienzos de 1961. A este receso y estancamiento se sumó una fuerte inflación que hacía prever una difícil recuperación económica. Tales hechos se hacían aún más dramáticos al constatarse los altos índices de crecimiento que mostraban Europa Occidental y Japón en la década del 50, los cuales posibilitaban un cambio en la correlación de fuerzas en el interior del mundo capitalista. El desempleo y la política antinflacionaria llevó a fuertes enfrentamientos del gobierno republicano con las directivas sindicales y puso en el orden del día el carácter anticíclico de la industria de guerra y la acción poderosa del “complejo industrial-militar” que denunció el propio Eisenhower, en 1958.

Asimismo, Estados Unidos en su conjunto estaba perplejo por el lanzamiento del *sputnik* por la Unión Soviética, que además de haber demostrado una evidente superioridad técnica sobre el gigante norteamericano, parecía permitir la posibilidad estratégica de bombardear a los EUA desde la estratosfera. En las esferas económicas, políticas y militares de la clase dominante empieza un amplio debate sobre la manera de contrarrestar el avance soviético, la crisis económica, la inquietud obrera y las consecuentes dificultades internacionales de los EUA. De este debate surgió el programa de gobierno de Kennedy

que se caracterizó por una enorme ofensiva norteamericana en todos los planos.

Las revoluciones latinoamericanas de la década del 50

Fue en el contexto de esa política de los partidos comunistas y de tal coyuntura internacional que se produjo el proceso revolucionario cubano, que modificó profundamente el cuadro político latinoamericano.

La experiencia más avanzada del nacionalismo democrático en América Latina se había desarrollado en Bolivia como producto de la revolución de 1952. Esta revolución había sido realizada por obreros y campesinos y dirigida por importantes sectores de la pequeña burguesía. Los obreros y campesinos destruyeron el ejército regular y organizaron un poder revolucionario en base a las milicias obreras y campesinas, realizaron la nacionalización del estaño, que pasaron a explotar a través de una empresa estatal bajo el control de los obreros, y realizaron una reforma agraria de contenido esencialmente democrático, basada en la división de las tierras (hay que señalar, sin embargo, el contenido pequeñoburgués de la reforma agraria boliviana que buscó formar un campesinado de pequeños propietarios y minifundios antieconómicos). Dada la ausencia de un fuerte desarrollo capitalista hacia el mercado interno y dada la inmensa población campesina de origen indígena en relación a la pequeña extensión de la tierra dividida, que alcanzó solamente la zona más habitada del altiplano, estos pequeños propietarios no llegaron a desarrollar una agricultura capitalista, quedándose en una economía más bien de trueque directo y minifundista. En las regiones donde había mejores tierras, en general aún vírgenes, se produjo posteriormente una concentración de tierra en base a la colonización agrícola, la más importante en el estado de Santa Cruz, en la frontera con Brasil.

En lo que respecta a la clase obrera, ésta estaba fundamentalmente vinculada a la extracción del estaño y, a pesar de su intento de formar una empresa de fundición del estaño, industrializar el país y utilizar más racionalmente los recursos naturales, su política de desarrollo fue fundamentalmente perjudicada por el sabotaje que sufrió la economía boliviana, como consecuencia de una baja en el precio del estaño (en parte dentro del movimiento de baja global de las materias primas después de la guerra de Corea, pero también en buena parte por las presiones de los grupos económicos internacionales, en particular la poderosa familia Patiño, en contra de este país). De esta manera, los excedentes producidos en las minas se redujeron mucho, disminuyen-

do enormemente las posibilidades de importación de maquinarias, etcétera, para realizar una industrialización importante.

La dirección política pequeñoburguesa, nacionalista y democrática, al ver las dificultades con que tenía que enfrentarse y temiendo la materialización de las tendencias radicalizadoras del movimiento obrero, buscó retomar el contacto con el imperialismo en busca de ayuda económica. Ésta le fue dada bajo condiciones muy estrictas, exigiendo la liquidación del movimiento sindical y obrero boliviano, tarea cumplida con gran dedicación y brutalidad.

La dirección del movimiento en manos del MNR logró una gran escisión entre el campesinado y la clase obrera, facilitada en gran medida por ciertas tendencias obreristas dentro de la izquierda boliviana, la cual no fue capaz de estructurar un programa para el campo y realizar una efectiva alianza de clases con el campesinado (habría que tomar en consideración el carácter nacional indígena del campesinado boliviano y las dificultades políticas que tal hecho representa). De tal forma que ya a fines de la década del 50 asistimos a varios enfrentamientos entre milicias campesinas y milicias obreras. Al mismo tiempo, el MNR fue organizando una policía que se convirtió en la base del futuro ejército boliviano, el que posteriormente se adueñó del poder en sustitución del MNR como fruto de sus divisiones internas y de su incapacidad de generar un camino revolucionario consecuente para Bolivia.

De esta forma, la revolución boliviana ya a fines de la década del 50 había demostrado su fracaso; había demostrado que no bastaba que la clase obrera y el campesinado destruyesen la oligarquía y el ejército prooligárquico; que no bastaba que se liquidase el latifundio y que se nacionalizase la principal empresa productora y exportadora; que no bastaba que se formasen milicias obreras y campesinas para con esto asegurar el paso hacia una sociedad democrática y nacionalista, como se esperaba. Hubiera sido necesario dar continuidad al proceso revolucionario hacia etapas superiores, mantener la unidad obrero-campesina, desarrollar la economía sobre bases estatales, en fin, sentar las bases para la construcción del socialismo.

Por otro lado, en Guatemala, en 1954, se abre una nueva experiencia, luego del largo periodo del gobierno de Arévalo, en la cual se presenta una agitación bastante grande en contra del gobierno republicano de los EUA y del dominio imperialista de la *United Fruit*, empresa norteamericana exportadora y dominadora de la producción agrícola de este país. El general Jacobo Arbenz, elegido presidente en un vasto movimiento popular, en el cuadro de una América Latina que todavía estaba bajo el impacto de la revolución boliviana, del

peronismo, del varguismo y de otras expresiones populistas, se plantea una reforma agraria para Guatemala que habría de empezar con la afectación de propiedad de la *United Fruit*.

Inmediatamente después, el imperialismo organiza, a través de la CIA, una operación hoy día pública y confesa: la invasión de Guatemala, que contó con el apoyo de los sectores de la oligarquía y del ejército, que se habían asustado con las medidas de carácter nacionalista y democrático que anunciaba Arbenz. Las masas populares se levantan y exigen armas a Arbenz. Pero él prefiere retirarse para evitar la guerra civil. La experiencia boliviana ya había demostrado que una guerra civil significaba que las milicias obreras y campesinas asumirían un papel muy relevante, creando una situación bastante difícil para las direcciones nacionalistas pequeñoburguesas.

También Perón en Argentina había sido obligado a renunciar al gobierno por un golpe de estado militar y, a pesar del vasto apoyo de masas que recibió, prefirió entregar el poder a llevar a su país a la guerra civil. Es decir, a llevar al país a una lucha de contenido revolucionario que rebasaba sus concepciones políticas populistas y nacionalistas. Lo mismo pasó con Vargas en Brasil quien, frente a un complot públicamente dirigido por Carlos Lacerda, con apoyo claro de la embajada norteamericana, no retrocede en su programa nacionalista pero prefiere el suicidio, dejando una carta testamento en manos de su sucesor político Joao Goulart, en que plantea dramáticamente su política nacionalista y llama a los trabajadores a dirigir ellos mismos este programa de lucha en contra del imperialismo.

También en Chile González Videla, que había llegado al gobierno con el apoyo de un sector del Partido Socialista y que anunciaba una política de tipo populista, e incluso una alianza con Perón y Vargas, retrocede en sus posiciones bajo fuerte presión internacional, rompiendo con el ala izquierda de su gobierno y entregándose al FMI y a la política imperialista. Fue en este contexto continental, que supone una amplia acumulación de experiencia en el cual, en 1958, se realizan dos procesos revolucionarios en América Latina, la revolución cubana que derrumbó la dictadura de Batista y la revolución venezolana que derrumbó la dictadura de Pérez Jiménez.

Dos caminos divergentes del 60: Cuba y Venezuela

Esos dos procesos revolucionarios siguieron caminos bastante distintos. En el caso de la revolución cubana, el movimiento revolucionario llegó en un primer momento, en forma limitada, a ser dominado por una fracción del movimiento liberal que tomó el poder luego

de la fuga de Batista, antes de que las tropas revolucionarias llegasen a La Habana y que, bajo la dirección de Urrutia, formó un gobierno provisorio que entregó al comandante del Ejército Revolucionario la Comandancia Militar. Se intentaba así establecer un esquema de conciliación entre las distintas fuerzas que emergieron luego de la caída final de Batista, es decir, el grupo liberal; el Movimiento 26 de Julio y el PSP (partido comunista cubano), que dirigieron en gran parte la huelga general de trabajadores; el Directorio Revolucionario 13 de Marzo y que junto con el 26 de Julio dirigieron la resistencia urbana, y por último el Ejército Rebelde, que había dirigido el movimiento armado en su conjunto al conducir las acciones guerrilleras, las acciones regulares del ejército, la resistencia urbana, la huelga general, etcétera y, por lo tanto, se había convertido en la verdadera fuerza unificadora y centralizadora para el derrocamiento de Batista.

La pretensión del gabinete Urrutia de establecer una democracia liberal en Cuba significaba de hecho una desviación del proceso revolucionario, que en su fase final habría de transformarse en una profunda alianza entre el campesinado revolucionario dirigido por el Ejército Rebelde, el proletariado rural y urbano presente en la resistencia y en la huelga general, y la pequeña burguesía representada también en la resistencia urbana. Estos sectores eran las fuerzas dominantes y fundamentales del proceso revolucionario. A diferencia del sector que había intentado usurpar el proceso, para ellos la lucha en contra de Batista no tenía solamente un contenido liberal. La dirección política de la revolución había conocido de cerca la experiencia de Bolivia, donde había estado Raúl Castro, y la experiencia en Guatemala, donde había estado el *Ché* Guevara. Fidel y el *Ché* habían conocido también la experiencia boliviana en su fase fracasada. Estos revolucionarios asimismo conocían la experiencia de Perón y de Vargas y no estaban dispuestos a aceptar esta usurpación y la limitación del proceso revolucionario a contenidos meramente liberales. Ellos estaban dispuestos a llevar hacia adelante la reforma agraria y crear las condiciones para la industrialización, moralizar la vida pública y establecer la verdadera independencia del país frente al imperialismo. Y sabían que para dar la lucha había que disponer de fuerzas populares movilizadas y armadas, como lo había demostrado la situación en Guatemala, y necesitaban llevar adelante el proceso revolucionario hasta las últimas consecuencias, para no caer en una situación similar a la de Bolivia.

Las condiciones estructurales de la economía cubana posibilitaban una evolución distinta de la que se dio en esos países del proceso revolucionario. Por un lado, la unión entre el campesinado y la clase

obrera se hacía cada vez más factible y directa, pues el desarrollo del capitalismo agrario era enorme y gran parte del proletariado cubano era más bien un proletariado rural semindustrial ligado a la economía agroindustrial del azúcar o del tabaco. Por otro lado, el movimiento democrático cubano tenía una larga tradición de vínculo con el movimiento popular, lo cual se había manifestado desde la época de Martí, quien había impuesto ya en aquel entonces un contenido democrático social al proceso de liberación nacional de Cuba.

También así, el pensamiento de la pequeña burguesía cubana estaba impregnado por un fuerte antimperialismo norteamericano debido a la experiencia directa de violación de su independencia nacional por parte de los EUA. Todos estos factores generaban la posibilidad de una alianza profunda de la pequeña burguesía revolucionaria, el campesinado y el proletariado cubano. Fue así como Fidel Castro, poco tiempo después del ascenso de Urrutia, cuestionó el camino liberal formal que éste planteaba y que consistía en postergar las cuestiones fundamentales como la reforma agraria, la moralización pública y la lucha antimperialista, para poner en primer plano la cuestión constitucional y electoral. Y es así como en una enorme manifestación en la Plaza de la Revolución, el campesinado y el proletariado cubano junto al Ejército Rebelde exigen la abdicación de Urrutia y colocan a Fidel Castro como primer ministro, exigen la reforma agraria y empiezan un proceso revolucionario de consecuencias muy profundas para América Latina.

Los difíciles caminos de la revolución cubana y latinoamericana se convirtieron en una importante fuente de enseñanza para los pueblos de nuestro subcontinente, a pesar de que muchos buscaron copiar sus aspectos exteriores y no su contenido esencial. Tenemos el caso del vecino país venezolano. En éste, las fuerzas revolucionarias que derrumbaron la dictadura de Pérez Jiménez, en las cuales predominaban la Acción Democrática, el Partido Comunista y amplios sectores nacionalistas y democráticos de las fuerzas armadas, se dejaron llevar por el camino electoral, canalizando el proceso revolucionario hacia la instalación de una república burguesa. Los resultados fueron evidentemente desastrosos. Luego del golpe, Venezuela cambió su estructura social de modo notorio en favor de las masas, pero Rómulo Betancourt, llevado al poder por las elecciones, siguió su camino derechista, recurriendo incluso a la represión y al fortalecimiento de las fuerzas armadas como única fórmula para paralizar las reivindicaciones del ala izquierda de la Acción Democrática (que vino a dar origen al MIR venezolano), del Partido Comunista y otras fuerzas democráticas que expresaban las inquietudes del movimiento

estudiantil, de los sectores más pobres de la población urbana (los "ranchos" de Caracas) y del campesinado.

Es de esta forma como Venezuela se ve conducida a una intensa guerra civil entre estas fuerzas populares unificadas en el Frente de Liberación Nacional y las fuerzas liberales, fuertemente sustentadas en el ala derecha de las fuerzas armadas (un sector izquierdista de las mismas se adhirió a la izquierda en los levantamientos de Carúpano y Puerto Cabello y en otras oportunidades menores), en el imperia-lismo y en el gran capital nacional. Al lado de los fuertes instrumentos de represión que creó, Betancourt tenía a su favor la fuerza de la lucha democrática en contra de Pérez Jiménez y algunas reformas sociales que realizó su gobierno (distribución de tierras, plan escolar, de habitación, etcétera), con lo cual logró aislar a las fuerzas insurreccionales. Al mismo tiempo, contó con el apoyo de la Alianza para el Progreso y una política externa norteamericana flexible y ofensiva, sobre todo en los planos, sólo contradictorios en apariencia, de las reformas, por un lado, y de la acción militar antinsurreccional, por otro. Asimismo, la recuperación y el *boom* económico de los años 1961-1966, dotaban a los EUA y al mundo capitalista de un mayor poder de maniobra y de hecho se convirtió en la base para la política internacional ofensiva de Kennedy y Johnson, hasta su fracaso en 1967-68.

De esta manera, el movimiento revolucionario venezolano se estre-lló contra fuerzas sociales y económicas muy poderosas y fracasó frente a la democracia burguesa que él había ayudado a consolidar y frente a la cual después se rebeló sin ninguna posibilidad de triunfo. La diferencia con la revolución cubana se hizo así notoria y ha servido de marco a una profunda reflexión posterior. De un lado, se hizo una crítica sectaria y equivocada del proceso venezolano, entre otros, por parte de Régis Debray (en su libro de 1966, *Revolución en la revolución*) quien explicaba el fracaso venezolano por el papel dominante del Partido Comunista y de las direcciones urbanas, creyendo encontrar la solución del fracaso en la "purificación" del movimiento revolucionario sometiéndolo totalmente a la dirección guerrillera. Esta concepción fundamentó en gran medida el intento guerrillero del *Ché* Guevara en Bolivia y muchas otras experiencias que se realizaron en el marco de la OLAS entre 1967 y 1969, siendo desarrollado posteriormente por los movimientos de guerrilla urbana de 1969 en adelante, inspirados en los Tupamaros de Uruguay, los cuales ponían un énfasis central en la organización militar urbana y no en la guerrilla rural.

De otro lado, Pompeyo Márquez y Teodoro Petkof, dirigentes del pc venezolano, una de las principales bases del Frente Armado de

Liberación Nacional, iniciaron un proceso de autocrítica que empezó por plantear la tesis del repliegue y posteriormente de la tregua o la "paz democrática", y terminó por desechar completamente la lucha armada como método de lucha inmediata. Posteriormente, en 1971, los dirigentes del MIR que no habían seguido a su primer teórico y dirigente Domingo Rangel, quien primero autocrítico el camino guerrillero, continuaron por este mismo camino, quedando así en las montañas sólo pequeños grupos guerrilleros. De esta manera, la oposición de izquierda venezolana (hoy día aumentada por la escisión en la Acción Democrática, la cual dio origen al Movimiento Electoral del Pueblo, en claro proceso de radicalización ideológica y política), en el contexto de la crisis mundial que se inicia en 1968, se vio en la situación de no poder utilizar las circunstancias revolucionarias y de tener que conformarse con ser una oposición ideológica y política al interior del régimen, que de una u otra manera ella misma ayudó a crear. Hoy día las fuerzas de izquierda venezolanas recomienzan el árduo camino iniciado en 1958 y repentinamente abandonado en 1961, dando origen a un enfrentamiento armado frustrado. Los partidos de izquierda se presentan a las elecciones de 1973 divididos en dos candidaturas presidenciales.

El ejemplo venezolano es muy importante. Revela que la historia no brinda en todo momento la alternativa revolucionaria. Incapacitados para profundizar el movimiento revolucionario de 1958, cuando se presentaba la oportunidad histórica, los revolucionarios venezolanos lo intentaron mucho después, cuando la democracia burguesa ya empezaba a consolidarse. Por otro lado, los revolucionarios venezolanos mantuvieron como bandera un programa nacionalista y democrático que la Acción Democrática y posteriormente la Democracia Cristiana no tuvieron ningún problema en agitar (realizándolo en una parte no fundamental, pero suficiente para contentar a la pequeña burguesía). La radicalización en sus métodos de lucha, su inflexibilidad táctica, su confusión programática, no podían resolver la situación contradictoria en que se había ubicado la izquierda venezolana.

La experiencia latinoamericana y la UP

La experiencia de la Unidad Popular surge en el marco de este proceso histórico tan complejo. Por varias razones, la izquierda chilena tuvo mucho qué aprender con estos hechos.

Primero, porque ella se encontraba lo suficientemente fuerte e ideológicamente madura como para acumular conocimientos y no dejarse arrastrar por una imitación de las tácticas de la revolución cubana,

como lo hicieron otras fuerzas políticas, principalmente grupos venezolanos, guatemaltecos y peruanos, entre otros. Esto no quiere decir que no surgieron en Chile intentos de imitar la gesta guerrillera cubana. Sin embargo, estos intentos no prosperaron suficientemente y fueron matizados por un realismo político que venía de las ricas experiencias de la vanguardia chilena. Tampoco se encontraba ésta bajo la hegemonía burguesa o populista como la izquierda brasileña y argentina antes de 1964-65, cuando estos países se lanzaron en un camino derechista dando origen a otro cuadro político de tipo insurreccional, pero esta vez bajo una fuerte influencia foquista, de un lado, o anarquista ("masista", como se la ha designado), de otro.

Segundo, porque ella pudo, apoyada en esta fuerza, mantener un clima democrático de libre información que le permitía estar al día con el proceso latinoamericano de manera muy directa.

Tercero, porque la experiencia del reformismo democrático-cristiano, con la ayuda de la Alianza para el Progreso, había llevado hasta sus últimas consecuencias el programa modernizante del imperialismo y de los sectores burgueses nacionales, mostrando sus verdaderos límites a las grandes masas.

Es importante también tomar en consideración el papel que desempeñó en este proceso el clima intelectual generado por la conjunción en Chile de teóricos e investigadores latinoamericanos, que habían vivido importantes experiencias económicas y políticas nacionales y que pudieron intercambiar sus experiencias con los científicos chilenos y hacer de este país el centro irradiador de una corriente de pensamiento que, a través de una redefinición del estudio del subdesarrollo y de la dependencia, dio origen a un importante conjunto de ensayos, artículos e investigaciones sobre la dependencia y su nuevo carácter.

Estos estudios mostraron varias tesis importantes: en primer lugar, que América Latina no era feudal, sino que correspondía más bien a una especie de economía capitalista dependiente y que no se justificaba caracterizar su revolución como nacional y democrática, tesis que al final fue comprobada en la práctica por la revolución cubana. Algunos teóricos han deformado esta tesis planteando que América Latina siempre fue capitalista y que la revolución latinoamericana, por ser socialista, no suponía una etapa esencialmente democrática y antimperialista. Pero, la riqueza del debate teórico-político en el país permitió corregir este error y comprender no sólo que había importantes rasgos precapitalistas en América Latina y en Chile, debido a lo cual la revolución tendría que cumplir con una primera etapa (dentro de un proceso general socialista) de destrucción de la domi-

nación imperialista-monopólica y oligárquica, para, en base a esto, iniciar un desarrollo socialista.

En segundo lugar, se pudo demostrar, al través del análisis de experiencias económicamente más avanzadas que la chilena, como son la brasileña y la argentina, que el desarrollo industrial capitalista dependiente se hacía a través de un proceso de desnacionalización de la propiedad industrial, concentración económica y del ingreso, creciente dependencia tecnológica del imperialismo, endeudamiento acumulado, etcétera. Al analizar la experiencia chilena se pudieron detectar estos mismos procesos en fuerte aumento durante el gobierno Demócrata Cristiano. Muchos intelectuales que creían en el camino reformista de la Democracia Cristiana fueron convencidos por los hechos de las consecuencias desastrosas de la política del "desarrollo en libertad".

En el plano de la reforma agraria, estos mismos intelectuales habían visto los límites del reformismo, su imposición de arriba hacia abajo a los campesinos y el restablecimiento de nuevos mecanismos de explotación dentro del campo reformado. Se desmoronaba así el mito de la reforma agraria campesina, y se mostraba claramente la necesidad de que, en términos capitalistas, se crease una economía rural moderna, de grandes empresas y asalariados o, de otra manera, se opusiera a esto un desarrollo socialista de la agricultura.

Tanto las relaciones con el imperialismo como la manera en que se realizó la reforma agraria, demostraron claramente que el camino capitalista sólo podía consolidarse por el uso creciente de la fuerza, hecho evidenciado por los muertos de El Salvador, los muertos de la huelga general de 1968, los crímenes de Puerto Montt, etcétera y la aparición de un caudillo militar jefaturando un intento golpista disfrazado de movimiento reivindicativo de las fuerzas armadas.

Se hacía evidente así, que el camino del capitalismo dependiente (a fin de superar las nuevas necesidades de la acumulación del capital en la fase de monopolización violenta, agravada por las condiciones de dependencia que sometían la mano de obra a una superexplotación) llevaba necesariamente a gobiernos fuertes en dirección al fascismo, como único régimen permanente capaz de consolidar tales gobiernos. Demostrándose así que el camino brasileño (y en parte el argentino que fracasó en 1973) no era un accidente, sino que representaba la única salida viable a corto plazo para el capitalismo en América Latina.

Todos estos factores tienen un papel decisivo en la elaboración del programa de la Unidad Popular, en un momento en que el movimiento obrero en el plano internacional despertaba del largo

sueño de la posguerra, cuando el capitalismo pasa a vivir su más importante crisis económica de este periodo iniciada en 1967, atenuada en 1968 y reabierto en 1969-71. En el contexto de esta crisis (muchas veces comparada con la de 1929 por los propios teóricos y dirigentes económicos burgueses), se desarrollan el *mayo* francés, el *verano caliente* italiano, el *cordobazo* argentino, el movimiento de masas mexicano de 1968, la marcha de los 100 000 en Brasil, la Asamblea Popular Boliviana, los movimientos de masas japoneses, las "huelgas salvajes" europeas, etcétera. Tales hechos eran correspondidos en el mundo socialista por la revolución cultural china, la rebelión estudiantil y después obrera de Polonia, la primavera de Praga, el nacionalismo rumano, etcétera.

En este nuevo contexto, los partidos comunistas reunidos en Moscú en 1969 llegaron a importantes cambios de orientación política, planteando una etapa de "una ofensiva más amplia contra el imperialismo, contra las fuerzas de la reacción y la guerra". Para el caso latinoamericano, habría que tomar en cuenta que entre estos partidos debe considerarse al Partido Comunista Cubano, lo que puede explicar en parte que las resoluciones de la Conferencia admitiesen: "En esa zona del mundo se desarrollan combativos movimientos democráticos y antimperialistas, así como procesos revolucionarios que abrirían el camino al socialismo".

Si sumamos a este hecho la tradición de unidad socialista-comunista en tres procesos electorales y en el viejo Frente Popular y el planteamiento del Partido Socialista del Gobierno de los Trabajadores, podemos encontrar gran parte de los elementos que van a servir de marco de orientación al programa de la Unidad Popular.*

* Véase el "Programa Básico de la Unidad Popular" en PROBLEMAS DEL DESARROLLO, año II, No. 5, octubre-diciembre de 1970, pp. 138-157. [N. de Ed.].